

Hacedores de la voluntad de Dios

Os voy a contar una historia. Algo que pasó hace tiempo pero que, perfectamente podría ocurrir hoy. La historia de un sacerdote de Jehová que todo el respeta y que saben que es un sacerdote auténtico de Jehová. Del Dios verdadero.

Este hombre recibe un encargo de alguien muy importante e influyente. Un rey. Un gobernador. El jefe de la unidad de trabajo. No de un departamento, no. De la empresa ni más ni menos. Alguien con poder y dinero.

Y esa persona tan importante le pide que tiene que maldecir a un pueblo. A un equipo. A unas personas. Tiene que ayudarle a luchar con ese pueblo porque es un pueblo fuerte. Un pueblo que ya ha conquistado a otros pueblos y que es muy numeroso y grande.

Esta persona tan importante cree que podría luchar con ese pueblo y vencer. Sufriría pero le vencería. Pero no quiere arriesgar. Él sabe que el sacerdote es un auténtico sacerdote y que Dios le escucha. Bueno. Dios, la energía mística del universo. Los ángeles. Como quieras llamarlo. Pero le escucha y cuando habla, las cosas ocurren. Y le pide que maldiga a ese pueblo que viene amenazando. Que le ayude, porque son amigos, a vencer a ese pueblo.

Por supuesto, eso él lo verá con muy buenos ojos. Él es amigo de sus amigos y toda ayuda es recompensada y agradecida. Y él sabe cómo ser agradecido.

La oferta es muy tentadora ¿no?

El sacerdote le avisa. Yo tengo que hacer lo que me diga Dios. ¡Por supuesto!!, dice el personaje importante. No espero menos. Yo tengo la razón y se que Dios me la dará. O lo que sea que haces. Tu hablarás con Él y le convencerás de que nos ayude.

Y el sacerdote se pone a orar. Y, contra todo pronóstico, descubre en la oración que Dios no está de acuerdo con maldecir a ese grupo. Mas bien todo lo contrario. Se trata de un pueblo bendito y hay que dejarlo en paz.

Vaya chasco!!! ¡¡Que sorpresa ¿no? Pero... un momento. ¿Habrá oído bien el sacerdote la palabra de Dios? ¿Habrá entendido bien Su voluntad?

¿Que harías tú?

Yo os puedo decir lo que he hecho muchas veces. Lo que hizo por ejemplo Gedeón (Jueces 6) Asegurarnos que lo hemos oído bien. Ponernos en oración para confirmar. Y pedir pruebas. Y muchas veces eso no nos bastará.

Este sacerdote no daba crédito. Todo lo que le decía su juicio humano tenía sentido. Un pueblo que viene a conquistar y un amigo que viene pidiendo ayuda. Llamó a su amigo y le explico la situación Y este le pidió que lo meditara más y que fuera a verle y a ver a ese pueblo tan peligroso y así lo entendería.

El sacerdote se puso de nuevo en oración buscando a Dios para saber si debía ir o no y si realmente había oído bien la palabra de Dios. Al fin y al cabo, no quería quedar mal con su amigo y por otro lado, lo que le pedía tenía sentido. Seguramente se había expresado mal o había oído mal. Y Dios que es todo amor y misericordia le contesta "Mira. Si tienes que ir a hablar con tu amigo y entender la situación, ve. Pero no hagas nada que Yo no te mande".

¡¡¡Guay!!! ¡¡¡Dios se lo está pensando!!!! piensa el sacerdote. Y se pone en marcha. Pero resulta que eso de ir a ver a su "amigo", a esta persona tan importante, no es tan fácil. Todo son problemas. El coche no anda. El burro se atora y se para. Se tira al suelo. Se va chocando con todo. Se pone a llover. Se queda sin saldo para llamar por ayuda. Todo tipo de calamidades. Y el sacerdote se va poniendo de mal humor. ¿Por qué todo es tan difícil???

Y se pone a orar de nuevo. Y Dios le dice que quizás está un poco ciego. Que no quiere ver lo que Dios le está diciendo. Que no quiere ver las señales que le está mandando. Que si le resulta difícil no es por casualidad. Que en el momento que está en manos Suyas, lo que le ocurre al sacerdote es voluntad de Dios. Y que si le cuesta es porque no es voluntad de Dios maldecir a ese pueblo.

¡Que Dios ha permitido que se ponga en marcha para que sea EL SACERDOTE el que recapacite!!!. Y que la respuesta está clara. Dios quiere BENDECIR a ese pueblo. El sacerdote está poniendo en duda la voluntad de Dios con argumentos humanos. Puede encajar en la palabra santa de Dios pero Dios lo ha dejado claro. Ese pueblo n se debe maldecir. De hecho, la palabra de Dios no dice nada sobre maldecir. Y si dice mucho sobre

Bendecir. El sacerdote tiene que darse cuenta que no está escuchando. Y por eso le deja ponerse en marcha.

Y como Dios es todo amor y misericordia, permite que hagamos cosas para que aprendamos y hace que esas acciones se enderezan para bien. Por eso le dice que puede continuar pero que no se le ocurra maldecir a ese pueblo. Que más bien al contrario. Le ha dejado ponerse en marcha para que sea el sacerdote el que bendiga a ese pueblo. Y mostrar al que busca la maldición quien es Dios. Que existe y que debe escucharle.

La gran lección para el sacerdote es que no quería escuchar la palabra. La oía pero no la escuchaba. Y cuando la escuchaba, no la ponía en práctica. No la guardaba y la hacía propia.

Todos nosotros tenemos que tener la actitud de ponernos en oración y tener fe que lo que nos dice Dios es su voluntad. Y debemos ponerla en práctica. Tenemos que hacernos hacedores de la palabra de Dios. No solo oidores o transmisores. El sacerdote la transmitía pero no la oía. ¿Cuántas veces no nos pasa eso a nosotros?

Entender la voluntad de Dios es entender no solo que hay que amar y que hay que ayudar, es de hecho, ayudar y amar. Aunque eso signifique que nos creemos enemigos. Aunque eso signifique que el personaje importante se enfade y nos retire su amistad y sus recompensas.

Esta es la historia de Balaam e Israel, como muchos habréis adivinado. La podéis encontrar en Números 22, 23 y 24. Y es un buen ejemplo de:

- Que Dios es misericordioso
- Que Dios convierte todo lo que nos pasa en algo que nos ayuda a crecer y a acercarnos a Él.
- Que Dios quiere que hagamos lo que nos dice y que transmitimos.

Santiago en su epístola dice:

¹⁹ Por esto, mis amados hermanos, todo hombre sea pronto para oír, tardo para hablar, tardo para airarse;

²⁰ porque la ira del hombre no obra la justicia de Dios.

²¹ Por lo cual, desechar todo inmundicia y abundancia de malicia, recibid con mansedumbre la palabra implantada, la cual puede salvar vuestras almas.

²² Pero sed hacedores de la palabra, y no tan solamente oidores, engañándoos a vosotros mismos.

²³ Porque si alguno es oidor de la palabra pero no hacedor de ella, éste es semejante al hombre que considera en un espejo su rostro natural.

²⁴ Porque él se considera a sí mismo, y se va, y luego olvida cómo era.

²⁵ Mas el que mira atentamente en la perfecta ley, la de la libertad, y persevera en ella, no siendo oidor olvidadizo, sino hacedor de la obra, éste será bienaventurado en lo que hace.

²⁶ Si alguno se cree religioso entre vosotros, y no refrena su lengua, sino que engaña su corazón, la religión del tal es vana.

²⁷ La religión pura y sin mácula delante de Dios el Padre es esta: Visitar a los huérfanos y a las viudas en sus tribulaciones, y guardarse sin mancha del mundo.

2 Hermanos míos, que vuestra fe en nuestro glorioso Señor Jesucristo sea sin acepción de personas.

² Porque si en vuestra congregación entra un hombre con anillo de oro y con ropa espléndida, y también entra un pobre con vestido andrajoso,

³ y miráis con agrado al que trae la ropa espléndida y le decís: Siéntate tú aquí en buen lugar; y decís al pobre: Estate tú allí en pie, o siéntate aquí bajo mi estrado;

⁴ ¿no hacéis distinciones entre vosotros mismos, y venís a ser jueces con malos pensamientos?

⁵ Hermanos míos amados, oíd: ¿No ha elegido Dios a los pobres de este mundo, para que sean ricos en fe y herederos del reino que ha prometido a los que le aman?

⁶ Pero vosotros habéis afrentado al pobre. ¿No os oprimen los ricos, y no son ellos los mismos que os arrastran a los tribunales?

⁷ ¿No blasfeman ellos el buen nombre que fue invocado sobre vosotros?

⁸ Si en verdad cumplís la ley real, conforme a la Escritura: Amarás a tu prójimo como a ti mismo, bien hacéis;

⁹ pero si hacéis acepción de personas, cometéis pecado, y quedáis convictos por la ley como transgresores.

¹⁰ Porque cualquiera que guardare toda la ley, pero ofendiere en un punto, se hace culpable de todos.

¹¹ Porque el que dijo: No cometerás adulterio, también ha dicho: No matarás. Ahora bien, si no cometes adulterio, pero matas, ya te has hecho transgresor de la ley.

¹² Así hablad, y así haced, como los que habéis de ser juzgados por la ley de la libertad.

¹³ Porque juicio sin misericordia se hará con aquel que no hiciere misericordia; y la misericordia triunfa sobre el juicio.

Tenemos que escuchar más que hablar. Y tenemos que hablar con cabeza.

Poniendo en práctica lo que decimos y lo que hemos oído del Señor.

Confiando en él.

Las apariencias nos pueden engañar. Puede parecer que actuamos con justicia y con la ley de nuestra mano. Siguiendo la voluntad de Dios. Al sacerdote le pidieron ayuda contra un pueblo que viene a conquistar. Le pidió ayuda un amigo y el Señor dice que hay que ayudar a los amigos...

Y sin embargo el Señor le dijo que no maldijera. Le costó aceptarlo pero lo hizo porque se convirtió en hacedor de la palabra que oía de Dios. Esa es la clave. El sacerdote terminó bendiciendo 3 veces al pueblo que le pedían que maldijera.

Como dijo Jesús "Bienaventurados los que oyen la palabra de Dios, y la guardan" (Lucas 11:28)

No solo los que la oyen sino los que la hacen suya.

También dijo "Mi madre y mis hermanos son los que oyen la palabra de Dios, y la hacen" (Lucas 8:21)

Y la ponen en práctica. Se convierten en hacedores de la palabra.

"Todo aquel que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos, ese es mi hermano, y mi hermana y madre" (Mateo 12:50)

Oremos para estar en comunión con el Padre.

Escuchemos Su voluntad.

Contrastemos de corazón Su palabra. Sin soberbia. Con sumisión. Sin juzgar. Recordando que Dios es fiel a Sí mismo.

Y pongámosla por obra.

Tenemos que hacer lo que decimos y lo que oímos. En comunión constante con Dios.

Que Dios os bendiga.